

CAPÍTULO IX

LA CASA DE LA DICHA

En un cómodo y espacioso cuarto principal de una gran casa situada en la bajada de Santo Domingo, era donde habitaba, en la época que tenían lugar los sucesos referidos, el distinguido jurisconsulto don Luciano Ponce de León, que, joven todavía, era tenido por una de las lumbreras del foro español.

Había sido un joven calavera hasta los veintiséis años de su edad; mas desde esta época (en la que se había casado) se había convertido en un modelo de esposos, y poco después en el mejor de los padres, sin dejar de ser por esto un modelo de elegancia y distinción.

Su familia pertenecía á la aristocracia de Andalucía, y parte de ella residía en Madrid; y en la misma aristocracia se había criticado, y no poco, su descabellado casamiento con una joven muy pobre é hija de un pintor sin fortuna y sin gloria, aunque con mucho talento artístico, pues no siempre la fama es patrimonio del genio.

Pocos días después de la boda de Luciano, tenía lugar un baile en casa de la Duquesa D..., ligada á la familia de Ponce por vínculos de parentesco y de amistad.

Algunas jóvenes, elegantes y bellas en su mayor parte, se habían reunido en el hueco de una ventana, y hablaban prefiriendo los encantos de la murmuración á la fatiga del baile.

—¿Sabéis quién se ha casado?—dijo una, después de haber referido algunas anécdotas del día.—Vamos, de fijo no lo adivináis.

Una de las jóvenes mencionó dos ó tres casamientos efectuados en la última semana.

—No es ninguna de esas bodas á la que yo me refiero—dijo la que había hablado primero:—hablo de la de Luciano Ponce.

—¡Qué!; ¡se ha casado!—exclamaron todas las jóvenes, admiradas.

—Hace dos días.

—Así... á la sordina.

—Sin decir á nadie una sola palabra, como no sea á sus primas hermanas.

—Sí, Berta y Rita.

—Justamente: esas parece que han aprobado la boda, á pesar de lo estrafalaria.

—¿Con quién se ha casado, pues?

—Con una joven que bordaba para un almacén de la calle del Carmen.

Todas las señoritas soltaron la carcajada.

—¡Será posible!—dijo una tras la pausa que empleó en reír.

—Pues yo—añadió otra—creo que Berta podrá haber aprobado esa boda, porque es casi democrata... y de ideas caballerescas...; pero lo que es Rita...

—Rita es la delicadeza misma; una mujer tan bella, tan distinguida... y tan intolerante en lo que toca á la aristocracia...

—Pues, amigas mías, á gusto ó á disgusto de Rita y de su hermana, Luciano se ha casado con una bordadora.

—¿Y es bonita?

—Dicen que cuando él la conoció lo era mucho; pero que después se ha embastecido y se ha afeado.

—¿Y, sin embargo, se ha casado con ella?

—Ciertamente.

—¿Y la presentará en sociedad?

—¿Quién lo duda? ¡Bonito es él para no dar á su mujer el lugar que le correspondel Ya sabéis la entereza de su carácter.

—De poco le servirá, porque su mujer recibirá

mil feos en la sociedad. ¡Ya veis qué alcurnia para penetrar en los salones!

—¡Callad! ¡eso clama al cielo! Los hombres no se quieren casar, y los pocos que piensan en hacerlo, van á buscar jornaleras... ¡Qué horror!

—Pues esa jornalera—objetó otra de las jóvenes—vendrá á nuestra sociedad, y tendremos que alternar con ella, por humilde que sea su cuna y que haya sido su condición social: hoy es ya la señora de Ponce de León, y el marido es quien levanta linaje.

—Pues lo que es yo, huiré su trato.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo también.

—Señoritas—dijo un elegante caballero situado á alguna distancia de las jóvenes,—he oído la conversación de ustedes, porque hablan bastante alto: ¿me permiten ustedes que les diga mi parecer?

—Con mucho gusto, Vizconde.

—¿No se enfadarán al oírlo?

—De ningún modo, supuesto que lo pedimos.

—¿Palabra?

—Palabra formal.

—Pues bien: no me admira el casamiento de

Luciano y la preferencia que ha dado á esa joven sobre todas las demás de su clase.

—¿Y podremos saber la razón, señor mío?

—Sí, señoras: la razón es que esa joven sabrá cuidar de su casa, y ser buena esposa y buena madre, lo que pocas de ustedes pueden saber, porque no las educan para eso; y además, ¿de qué le serviría á Luciano una joven que le llevase veinte mil duros de dote y se los gastase de renta, exigiéndole modista, carruaje y servidumbre? Mejor le irá con esa muchacha modesta, que sabrá hacerse los vestidos, servirse y peinarse por sí misma: ¿no es esto lógico?

—¡No señor!—respondieron las señoritas, amostazadas.—¿Y la diferencia de clases no es nada?

—No, señoras, puesto que la clase es el esposo quien la da, como una de ustedes acaba de decir hace poco, muy juiciosamente.

—Pero esa joven será vulgar..., horriblemente ordinaria.

—No tiene nada de eso, sino muy distinguida en sus maneras.

—¿Usted la conoce?

—Tengo ese honor.

—¡Honor envidiable!

—Dentro de poco me lo envidiarán algunos.

—Tendrá muy mala educación.

—Ha recibido una educación selecta, señoritas: sabe dibujar muy bien, la música con perfección, canta como un ángel, y habla inglés y francés: creo que esto basta para ser bien recibida en los salones.

Dicho esto, el Vizconde cambió de conversación; pero las señoritas, irritadas, se separaron de él llenas de enojo por sus alabanzas á la esposa de Luciano Ponce de León, á la bordadora, á la *jornalera*, como ellas la llamaban en su rencor.

Desde aquel día, se esperó con una especie de ansiedad en los salones la aparición de la novia; ésta no tardó en darse á luz, pues su esposo no pensaba ciertamente en tenerla metida en un rincón.

La aparición de Modesta fué en el salón de la anciana Marquesa de M... Luciano buscó á aquella dama como una madrina para su esposa, y su casa como una sanción á su presentación en el mundo: aquella noble señora era altamente considerada por las admirables prendas de su carácter, por su elevada clase é intachable virtud. Modesta, después de penetrar en el anticuado y severo, pero apacible salón de la Marquesa de M..., podía ya esperar ser recibida con benévola distinción en todas partes.

Su traje era sencillo, pero de un exquisito buen gusto: un vestido, de color claro, dibujaba su talle, de una elegancia extremada; la tela era buena, pero no costosa, y entre aquellas ondas de seda, de un tinte suave y abrigado, la casta y pensativa figura de la joven esposa parecía mucho más encantadora.

Modesta tenía los ojos de una dulzura y limpieza maravillosas: eran grandes, azules y rasgados; sus facciones no ostentaban ya la diáfana pureza de sus diez y seis años; otros dos años las habían alterado algún tanto; pero, sin ser una belleza, poseía lo que es mejor y más durable: una gracia suprema y una distinción llena de encantos.

La calma y dignidad de sus maneras eran incomparables: así es que su aparición *hizo efecto*, y tuvo desde luego su *partido*, como hoy se dice.

Modesta, recogida en sí misma delante de los extraños (como toda persona muy sensible), hablaba poco, pero siempre á tiempo; sus frases, todas escogidas, eran al mismo tiempo sencillas, nobles y dulces; jamás decía una palabra vulgar, gracias á lo mucho y bueno que había leído, y sobre todo á su perfecto y delicado organismo, al que disonaba todo lo que era mezquino y ordinario.

Con tales dotes debía Modesta alcanzar más de un triunfo. La Marquesa la acogió con cariño y le tuvo mil deferencias encantadoras, pues la bondad es la coquetería de las canas.

La envidia y la maledicencia se estrellaron, pues, en la perfecta educación de la joven, y las señoritas á quienes aquel franco Vizconde había dado tan buena lección, hubieron de enmudecer, á pesar de sus vivos deseos de morder á la joven señora de Ponce de León.

Otro apoyo, y por cierto muy eficaz, tuvo Modesta con la Marquesa de Villaflorida, prima de su esposo: Berta, con su amable carácter y sus generosos instintos, se declaró su amiga, y bien pronto le cobró realmente un cariño entrañable.

Modesta era lo que su nombre prometía: una de esas suaves criaturas, dotadas al mismo tiempo de talento y de bondad, y que embellecen, con esos dos tesoros, cualquiera posición en que las coloque el cielo.

Su método de vida era el que siguen las inglesas, esas admirables esposas, esas madres ejemplares, esas amas de casa, modelos de las demás naciones: se levantaba temprano y se ocupaba del gobierno de su casa y de todas las necesidades domésticas. Cuando ya lo tenía todo ordena-

do, y siguiendo su marcha por sí solo con el impulso de su voluntad y de su inteligencia, hacía su tocado y se ocupaba de esas labores que no desdeña ninguna mujer distinguida, que ocupan sus ocios y embellecen su casa, aunque sus medios de subsistencia sean muy modestos.

Luciano sé distinguió bien pronto por sus admirables talentos de erudición y de elocuencia. Su clientela, que había aumentado rápidamente, llegó en breve tiempo á ser inmensa y á proporcionarle, con crecidas ganancias, una posición muy cercana á la opulencia.

Modesta fué feliz, porque de esta suerte pudo proporcionar más comodidades á sus padres y una carrera á su hermano Federico; pero éste, artista de corazón, no quiso abandonar la música por ninguna ocupación.

—Sé á lo menos un pianista distinguido—le dijo su padre:—las artes son *nobles* por sí mismas, y puede ennoblecerlas más el talento de quien las cultiva. Hijo mío, las enfermedades, los trabajos, ó tal vez la voluntad de Dios, no me han dejado salir de una medianía; sin embargo, siempre he creído que el artista debe cernerse en regiones sublimes. Listz, que llena hoy el mundo con su nombre, es sólo un pianista; un músico

el abate Vogler, y músicos no más han sido Bellini, Donizzetti y Weber: no está el mal ni la mengua de las artes en ellas mismas, sino en los que las cultivan si lo hacen mal.

Federico siguió, pues, sus estudios músicos. Era un joven de figura agradable y simpática, de un excelente carácter y de un talento brillante; rehusó enseñar, por aprender, y se dedicó á la composición y á la armonía, en cuyos difíciles estudios hizo bien pronto rápidos progresos.

Sus ancianos padres y su hermana Cesarina recibieron en breve los frutos de su talento, pues la fama le obligó, al fin, á dedicarse á dar lecciones en las casas más opulentas de la Corte, que las solicitaban para sus hijos.

Dolores misma le buscó para sus dos hijas, y de esta suerte brotó el amor en el corazón de Luz, niña tierna y poética, y digna de la pasión de aquel joven y entusiasta artista, que veía en ella el ángel de su futura inspiración.

Pensando en Luz, sus composiciones adquirieron un carácter de ternura que jamás habían tenido: era una visión celestial, y su dulce influjo se hizo sentir bien pronto en la música de Federico, que alcanzó mayores triunfos de los que jamás había soñado, gracias á su tierno y apasionado amor.

Modesta contribuía también, por su parte, al bienestar de sus padres: se había encargado casi exclusivamente de su hermana Cesarina, y aunque la joven no había querido separarse de sus padres, de los que era la sola compañía, pues á Federico le detenían fuera casi todo el día sus muchas ocupaciones, todos los gastos del tocador de Cesarina corrían de cuenta de su hermana.

Modesta, instada por su prima Berta y por su marido, tenía una pequeña reunión una noche á la semana durante los inviernos: allí, al calor de una alegre y bien provista chimenea, de diez á catorce personas tomaban té y hablaban de distintas cosas, reinando la cordialidad y la armonía, tan difícil de hallar en los grandes centros.

La esposa de Luciano era el alma de esta modesta y pequeña tertulia semanal, ya cantando con su melodiosa voz, ya promoviendo disputa sobre materias de arte, pues su educación se había completado de una manera encantadora al lado de su esposo; tenía conocimientos generales adecuados y bastante profundos; y su amabilidad, digna y expresiva al mismo tiempo, la distinción de sus maneras y las gracias de su conversación, cautivaban á todos sus amigos, que acostumbraban á llamar á la casa de Luciano la *casa de la*

dicha, por el orden y la alegría que reinaban en ella.

Modesta, que á la llegada de Dolores á Madrid la visitó con sumo gozo, pues no podía olvidar los dulces recuerdos de su infancia, se apartó de su trato así que supo la triste y borrascosa manera con que vivía. En vano Dolores iba á su casa, y trataba de obsequiarla de mil modos, para no dar lugar á que se desatase aquel dulce lazo que le recordaba los alegres días de su infancia. Modesta, aconsejada de su marido y de la Marquesa, huía de toda confianza, si bien con sentimiento suyo.

Dolores hubo, pues, de alejarse de aquel trato encantador, y resignarse á perder esta amistad como había perdido la de Berta, su antigua bienhechora, quien, mejor informada que Modesta de la vida de Dolores en París, no fué á verla á su llegada.

Sin embargo, aquella desgraciada mujer no quiso perder para sus hijas amistades tan nobles y protectoras.

—¡Ellas son buenas—se dijo—y son inocentes! Nadie las rechazará, gracias á la educación que reciben. Pues bien, para mí las espinas y para ella las flores; para mí el fango, para ellas el

vergel. Yo las enviaré á Berta con su aya: las enviaré á Modesta, y no las desairarán.

Dolores, que había sido fiera y vengativa durante los primeros años de su juventud, iba haciéndose sufrida y resignada á medida que avanzaba aquella terrible enfermedad de su alma, dolorida y quebrantada por el culpable egoísmo de los hombres, que todo lo materializa.

Las dos niñas fueron recibidas con amor. Berta colmó de caricias á Lágrimas, de quien por dos años había sido cuidadosa y tierna madre. Madre ella misma de un hermoso niño, todas las criaturas la interesaban, y colmó igualmente de cariños á la bella hermanita de su tierna protegida.

Del mismo modo acarició Modesta á las dos niñas, y encargó al aya que se las llevase con frecuencia, para que jugasen con sus hijos: así es que cuando Federico fué llamado para dar lección, por el solo hecho de ser hermano de Modesta, ya hacía tiempo que él conocía á las niñas, que, por decirlo así, habían crecido á su vista.

De esta suerte, Lágrimas y Luz crecieron entre la familia de Modesta, la de Berta, y después al lado de madame Warner y de su hija, quienes, como hermana y sobrina de su aya, les cobraron bien pronto un entrañable amor.

Frantz, en una pequeña escapatoria que hizo de Roma para ver á su familia, conoció á Lágrimas. La gracia dulce y poética de aquella niña cautivó su corazón, por lo mismo de ser tan opuesta á la fogosa y provocativa belleza de las italianas; había en Lágrimas, como si fuese el sello de su destino, algo de triste y pudoroso, de vago misterio que la envolvía como un blanco y transparente cendal, y que la hacía mucho más interesante aún que su misma belleza.

Empero si él se sintió inclinado hacia la joven, ésta sintió hacia él una pasión irresistible, que durante algún tiempo se escapó á la cándida mirada de miss Ofelia, pero que no pudo ocultarse á la perspicacia de Luz.

Lágrimas sentía con más vehemencia que su hermana: era, como decía su madre, la imagen fiel de su abuela, la activa y apasionada doña Amparo; su hermana Luz era en carácter el retrato de su abuelo, el apacible, dulce y condescendiente don Pedro Herrera.

Así se deslizó durante catorce años la vida de las jóvenes, pudiendo asegurarse que á la persona que menos conocían de la sociedad que trataban, era á su madre, á la que, si bien es cierto veían cada noche, era por poco rato, no sabiendo por

otra parte nada de su fatal vida, á causa del alejamiento en que vivían.

De esta suerte se hallaban las situaciones de los respectivos personajes de esta historia cuando el Conde envió á su hija su carta, y cuando Coralia exigió, en unión de otros acreedores, la venta judicial de los bienes de su amiga.

Volvamos ahora á tomar el hilo de esta historia para seguir á los personajes en su próspera ó adversa fortuna.

CAPÍTULO X

CARIDAD — SOBERBIA

La misma noche del día en que tenía lugar la venta de los efectos de casa de Dolores, y en que Lágrimas se negó con tan noble entereza á abandonar á su madre, la Marquesa de Villaflorida entró en casa de Modesta en ocasión en que ésta se hallaba sola en su habitación.

Luciano había llevado al teatro á sus hijos, que contaban doce y trece años de edad.

Modesta, sentada al lado de un velador de palo de rosa, se ocupaba en bordar una labor de tapicería, cantando una melodía sacada de una de sus óperas favoritas.

La bella niña se había convertido en una elegante dama.

Su casa estaba decorada con el mismo exquisito gusto que cuando casó con Luciano, pero con mucha más ostentación y riqueza; porque Modesta era de opinión de que una mujer debe cuidar

ante todo de embellecer su casa y de hacerla agradable, por lo mismo que sale poco de ella.

Cuando su fortuna contaba ya con una base sólida, se había desocupado el piso principal de la casa en que habitaban un segundo, y Luciano le había tomado.

Aquella habitación era mucho más bella y más espaciosa que la anterior; constaba de muchas piezas hermosas, claras y perfectamente distribuidas, que Modesta había sabido decorar y amueblar con tanta sencillez como buen gusto.

Su cuarto era el más elegante, por cuanto el cuidado de adornarle se le había reservado su marido.

Constaba de un saloncito cuadrado, y, dentro de aquél, de una sala con espaciosa alcoba, cuya entrada estaba sostenida por delgadas columnas, cubiertas interiormente por una bella cortina de damasco. En el salón era donde se hallaba la hermosa y elegante señora de Ponce la noche de que hablamos.

¡Qué diferencia entre la existencia de aquella mujer, esposa feliz, madre afortunada, y la de Dolores! La paz de una conciencia tranquila se reflejaba en la dulce y bonita cara de Modesta, fresca y sonrosada como la de una joven de veinte

años, á pesar de contar ya treinta y tres de edad.

Un vestido de seda, de un lindo color de malva, dibujaba los graciosos contornos de su talle. La luz de la lámpara solar, colocada sobre un velador, daba de lleno en las sedosas trenzas de sus cabellos, recogidas detrás de su cabeza con una sencillez llena de elegancia; sus grandes ojos azules, inclinados sobre su labor, daban á su fisonomía una expresión encantadora de gracia y de modestia; su rostro, ovalado y gracioso, estaba sonrosado y lleno de animación. La costumbre de reir con franca alegría había formado en cada una de sus mejillas un lindo hoyito que ostentaba una gracia enteramente infantil; un cuello blanco, bordado de Valenciennes, era el intermediario entre su nacarado cuello y la tela del vestido.

El saloncito era un digno cuadro de aquella suave y poética figura: estaba vestido de tela azul (color favorito de Modesta), y la tapicería era de igual color; algunas jardineras llenas de flores y el dulce calor de una pequeña estufa mentían la grata temperatura y los perfumes de la primavera; sobre dos consolas grandes lucían dos espejos de gran tamaño, y delante de ellos dos jarrones artísticos de mármol, con las asas de bronce obscuro, sustentaban dos hermosos ramos de

flores de estufa, pagados por Luciano á subido precio para que recreasen con su belleza los ojos de su esposa, amante hasta el delirio de esas hermosas hijas de la Naturaleza.

Cuatro grandes cuadros ocupaban los cuatro lienzos mayores de las paredes de aquel lindo saloncito.

Dos representaban á los padres de Modesta; otro á la Virgen María en el misterio de la Anunciación, y el cuarto á San José con el Niño Jesús en los brazos.

Aquellos cuatro lienzos, pintados por Antonio Benavides y regalo de éste á su hija, bastaban para darle á conocer como un artista de genio.

El velador, junto al que estaba sentada Modesta en un pequeño sillón, sostenía un libro, y los útiles de bordar colocados en una linda cestita de plata.

Modesta bordaba pensando en sus hijos, que eran dos hermosos niños, y en su esposo: ella no había querido ir al teatro por el deseo de concluir un precioso almohadón que estaba ya al terminar. Oyóse llamar á la puerta de la habitación, abrirse por la mano diligente del criado de la antesala, y poco después este saludo respetuoso articulado por aquél:

—Buenas noches, señora Marquesa.

Modesta corrió á la puerta: la que llegaba era Berta, su amiga, casi su hermana.

La Marquesa venía preocupada y triste: sus mejillas pálidas y sus ojos encarnados decían claramente que tenía alguna pena interior.

—¡Oh, estoy muy triste!—dijo dejándose caer en un sillón.—Gonzalo acaba de contarme lo que le sucede á esa pobre mujer.

—¿Hablas de Dolores?—preguntó Modesta con interés.

—¡Sí, de la desgraciada Dolores: ha quedado pobre y arruinada!

—¿Qué dices? Yo la creía rica, aunque no feliz.

—Todo se está vendiendo por la justicia para pago de acreedores.

—¡Será posible!—exclamó Modesta uniendo las manos.—¿No podríamos hacer nada por ella?

—Á eso vengo—repuso la Marquesa,—y te confieso que contaba con ese arranque de tu generosidad. ¡Sí! hagamos algo por esa desgraciada y por sus hijas. Veamos si podemos arrancarla de esa vida desastrosa, y apresuremos el casamiento de Luz con tu hermano.

Modesta sacudió tristemente su bella cabeza.

—Mi padre es inflexible en esa parte—dijo:—sólo se avendrá al casamiento de Federico cuan-

do la madre de Luz viva, si no como una mujer honrada, al menos como una mujer arrepentida.

—Pues bien—repuso Berta,—vamos á ver si conseguimos eso: yo le escribiré ahora mismo ofreciéndole una pensión, aunque sea corta...; no puedo extenderme mucho, porque mi marido no se aviene á ninguna idea de socorro para esa desgraciada...; así son los hombres: culpan el vicio, pero tiene para ellos un atractivo fatal; la mujer extraviada les cautiva con una magia irresistible; pero el día en que aquélla desea volver á la senda de la virtud, es cuando verdaderamente empiezan á despreciarla. Nuestra misión es, en cambio, el abrir á esas desgraciadas el camino de la luz y del perdón; nosotras, que somos generalmente las víctimas de sus extravíos, somos las destinadas por la Providencia para mostrarles el cielo y el camino del bien.

—Berta, me asocio á esa obra de caridad...; escribamos dos cartas...: cada una le ofrecerá en ella lo que pueda darle, ocultándose de su marido. Luciano, que sería feliz si gastase dos mil pesos en un traje, me culparía si supiese que enviaba dos mil reales á la pobre Dolores: tampoco transige con esas mujeres cuando quieren ser buenas... Toma: aquí hay tinta y papel.

Las dos primas se pusieron á escribir cada una su billete.

Berta acabó la primera y esperó á que Modesta terminase; entonces le presentó el suyo diciendo:

—Lee.

—He aquí el mío—dijo Modesta presentándole á su vez la carta que había concluido. Decía así:

«Mi querida amiga Dolores: He sabido la desgracia que te agobia, y que en tu triste camino has hallado más abrojos que flores: era preciso que te hubieras levantado con valor de tu primera caída en vez de desmayar como lo has hecho... Pero dejemos reflexiones tristes que á nada conducen ya, y pongamos remedio al mal presente.

«Mi hermano se casará con Luz tan pronto como tú dejes esa gran casa por otra más modesta, y cierras tu puerta á ciertas gentes. Dolores, sacrifica los restos de tu juventud y de tu hermosura al bienestar de tu hija, cuya suerte está en tus manos, y este sacrificio te traerá la paz de la conciencia; la suerte de tu hija mayor se fijará después.

«Si para inclinarte á esta resolución te falta

algún medio material, acepta de mi amistad la cantidad de quinientos reales mensuales de mi bolsillo particular: ya sabes que cuando niña, aceptaba yo las manzanas y las tortas que tu buena madre te daba para la comida de nuestras muñecas. Entonces, amiga mía, eras tú más rica que yo: hoy me favorece á mí la fortuna más que á ti; á cada una llega su vez, y Dios tiene dispuesto en sus altos juicios quién ha de ser el ensalzado y quién el abatido, y cuándo nos conviene la prosperidad ó la desgracia.

«Dolores, acepta la oferta de esta amiga que te compadece y que te ama: es muy pequeña, pero está hecha con buena voluntad; sobre todo, piensa en tus pobres é inocentes hijas, y admite por ellas lo que te ofrece tu amiga

MODESTA.»

Modesta leyó á su vez el billete de la Marquesa, que era más lacónico y estaba concebido en estos términos:

«Querida Dolores: He sabido tu desgracia, y es mi deber de cristiana y de antigua amiga el tenderte una mano salvadora; lo hago además con el mayor placer. Acepta para tus hijas una cantidad mensual, que fijaré en seiscientos reales; si

es bastante á tu parecer... no desoigas el ruego que te dirige la que se repite tu amiga

BERTA.»

Estas dos cartas fueron remitidas inmediatamente á Dolores.

El mensajero trajo otras dos iguales, cada una de las cuales fué entregada según decía el sobrecrito.

El contexto de ambas era exactamente igual, y decía así:

«Gracias, señora y amiga mía: antes que la limosna, están el trabajo, la paciencia... ¡y la muerte!

DOLORES.»

—¡Alma indomable!—murmuró Modesta tristemente.—¿Qué fatal soberbia es la que no deja ver, ni se digna admitir la caridad!

—Paciencia—repuso Berta.—Hagamos ahora todo lo posible para que tu hermano se case con esa desgraciada niña: es el último servicio que podemos hacerle.

Dolores, en efecto, era un alma indomable: la desgracia, al pasar sobre ella, en vez de abatirla, le hacía levantar la cabeza con más altivez.

CAPÍTULO XI

LA HUÍDA

Algunos días después, sentada madame Warner en su cuarto, y al lado de su hijo que había vuelto de Roma acabados definitivamente sus estudios, hablaba con él de algún asunto grave y serio á juzgar por la expresión de sus fisonomías.

Frantz era más hermoso en su persona que en su retrato; su belleza varonil tenía al mismo tiempo esa expresión dulce y encantadora que subyugaba el corazón á primera vista.

La fuerza de carácter del hombre valeroso se hermanaba en él á la dulzura inteligente del artista.

Era un modelo de elegancia, de distinción, de grave y mesurada gracia.

—Madre—decía,—es en vano que te canses: amo, adoro á esa mujer. Yo no sé más que lo que ella me ha dicho: que es viuda y pobre..., que se casó muy joven y que ha sido desgraciada...

—Pero, Frantz, ¿y el amor que tenías á Lágrimas? ¿Y lo que te ama esa pobre niña?

—Otra impresión más fuerte ha venido á borrar aquélla... ¿Tengo yo la culpa de que así suceda? Sería infame casarme con Lágrimas sin ofrecerle un corazón completamente suyo. Yo le diré la verdad: es más noble decírsela que casarme con ella amando á otra.

—¿Dónde me has dicho que has visto á esa mujer?—preguntó madame Warner muy pensativa.

—En el baile de máscaras de anteanoche vi una mujer cubierta con un dominó negro que me miraba mucho: la dirigí algunas palabras, y el eco de su voz me fascinó ya, y me encantó: ¡tanta ternura revelaba! Luego me dijo que me conocía, y me refirió algunos detalles de mi vida privada... Tarde ya, conseguí que se descubriera... ¡Madre mía, jamás he visto nada tan bello como su rostro, y al mismo tiempo que sea tan triste y melancólico! es la aparición de una misteriosa enfermedad del alma, bajo las formas más bellas que puede tomar una mujer. La pregunté dónde podría verla, y me señaló una casita de campo situada muy cerca de Madrid y medio perdida entre una alameda á orillas del río.

—¿Fuiste á verla?

—Fuí..., y debo confesarlo, salí más enamorado que antes: en aquella soledad, despojada del traje de máscara y vestida muy sencillamente, me pareció más hermosa que en el baile.

—¡Pobre hijo mío!—murmuró madame Warner;—¡quién sabe si habrás hallado en tu camino á una aventurera!

—¡No, madre mía! Es imposible hallar un carácter más encantador que el de esa mujer, una conversación más variada, un entendimiento más cultivado; no es una aventurera, pero parece que la desgracia la persigue y pesa sobre su cabeza: una tristeza profunda la envuelve como un sudario, y sólo se reanima al hablarla yo de mi cariño.

Ahora—continuó Frantz,—perdona que te deje, madre mía: ella me espera.

Margarita dejó escapar un suspiro sin pronunciar una palabra.

Frantz, que había dado algunos pasos para salir, volvió hacia atrás y tomó tiernamente las manos de su madre.

—¿Por qué te afliges así, mi buena madre?—le dijo.—Si pudiera, ya que tanta pena te cuesta, no volvería á ver á esa mujer; pero hoy es pre-

ciso...: le he dado mi palabra...; es preciso que vaya...

—¿Cómo se llama esa mujer?—preguntó madame Warner como asaltada de un pensamiento repentino.

—Se llama Dolores.

—¡Dolores!... ¡Gran Dios!... ¿Sería...? ¿Te ha dicho su apellido?

—No, madre mía.

—Pregúntaselo hoy.

—No te doy palabra de hacerlo, porque la amo demasiado para dejarle suponer que desconfío de ella. Pero si la ocasión se presenta, yo se lo preguntaré.

Frantz, dichas estas palabras, salió, pero tan preocupado, que no echó de ver la agitación de su madre.

Dejémosle ir en pos de los sueños de su imaginación, y penetremos en casa de Dolores en ocasión en que ésta tampoco se hallaba en ella.

Eran las dos de la tarde. Miss Ofelia y Lágrimas habían salido para dar un corto paseo, y Luz había pretextado un fuerte dolor de cabeza para quedarse en casa.

No bien se vió sola, entró en su cuarto de dor-

mir, vistióse de negro, se puso una mantilla, y se arrodilló en medio de la estancia.

—¡Adiós!—dijo; —¡adiós, asilo donde tantas alegres horas he pasado al lado de mi hermana y de mi querida aya! ¡Tú no participas de la infamia de las paredes malditas que guardan á mi madre! Yo no sé si soy culpable abandonándote...; sólo sé que no puedo vivir más aquí... Federico tiene razón...: al lado de su anciana madre hallaré un asilo tranquilo... ¡Salgamos, salgamos de esta casa, donde desde que sé quién es la mujer á quien debo el ser, me ahogo!... ¡Vamos!

Luz se levantó, y se lanzó á la escalera sola y como quien huye de una espantosa guarida.

Cruzó una porción de piezas grandes y desmanteladas, pues todo el mobiliario se había vendido, y se halló en el peristilo.

Á la sazón subía un hombre.

—Una pregunta, señorita—dijo cortésmente y con aquel acento que revela el trato de mundo:—¿está en casa la señora de Benavente?

—No..., no, señor—respondió Luz, que temblaba.

—¿Vendrá pronto?

—Lo ignoro...; no sé...

—¿Podré esperarla?

—Sin duda... Perdón, caballero: me esperan á mí...

Luz se lanzó á la escalera.

El caballero que la había interrogado siguió adelante y atravesó algunas piezas magníficas, pero desiertas.

Ni un solo criado había en aquellas antesalas, llenas antes de servidores.

Reinaban en ellas el frío del invierno y ese ambiente glacial y penetrante que se siente en las ruinas.

El Conde, pues era él, se sentó en un sillón olvidado en un ángulo del salón; apoyó la frente en la palma de la mano, y quedó pensativo.

—Sí—dijo,—es preciso: debo casarme con esta mujer; debo imponerme este penoso sacrificio por mi hija. Y, sin embargo, ¡qué desgraciado voy á ser, y cómo llena mi alma de amargura el tener que dar á esta mujer el rango que tanto ha ambicionado, y que yo le rehusé para dárselo á mi pobre Rita! ¡Rita, tú que no me amaste jamás, poseíste toda mi ternura..., y ella...! ¡Oh, qué abismo es el corazón humano!

En tanto que el Conde de Elvén se abismaba en estos pensamientos, que debían ser muy tristes á juzgar por el abatimiento de su fisonomía;

en tanto que repasaba con una mirada desolada las páginas del libro de su vida, sigamos á Luz en su camino.

Un coche estaba parado á la puerta, y el escudo blasonado de la portezuela decía que pertenecía al Conde de Elvén; un poco más allá había detenido otro carruaje, que por su pobre aspecto se conocía que era de alquiler.

Al llegar Luz al umbral, un joven sacaba por décima vez la cabeza por la ventanilla.

Al verla, él mismo abrió la portezuela, alargó la mano á la pobre niña, que temblaba, y la ayudó á subir diciéndole en voz baja algunas frases de cariño.

Luz se dejó caer sollozando en uno de los asientos del carruaje; el joven sacó de nuevo la cabeza por la ventanilla, y dijo al cochero:

—¡Á escapel

Luego tomó las dos manos de Luz, que no dejaba de llorar, y le dijo con una ternura respetuosa y profunda:

—¡Luz mía, por Dios, cálmate!; mi buena madre te espera... Ya eres su hija desde hoy, y dentro de un mes estaremos unidos para siempre.

—¡Ah, Federico!; ¡es que yo quería mucho á mi madre!—exclamó la pobre niña.—¡Qué horri-

bles días he pasado desde aquella fatal revelación! ¡Cuánto he llorado! Ahora mismo, al verme aquí, mi corazón se desgarró, y creo que soy muy culpable, porque mi madre no se oponía á nuestro casamiento.

—Pero tú, pobre ángel mío, no podías ni debías ya permanecer á su lado despreciándola—respondió el artista:—hubieras sufrido un martirio cruel junto á ella... Por otra parte, te lo confieso..., yo deseaba con ansia verte lejos de esa casa, cuya fama vergonzosa conoce todo Madrid...

—¡Dios mío, Dios mío!—murmuró Luz redoblando sus sollozos.

—No eres tú quien castiga á tu madre huyendo de su lado—prosiguió Federico;—es Dios: Dios, que castiga siempre la vida mala y desarreglada. No hay fatalidad, mi adorada Luz; el que se excusa con este miserable pretexto, no merece ser creído. Mis buenos, mis honrados padres nos han educado á mi hermana y á mí con esas sanas máximas que el mundo llama antiguas, y nos han hecho ver que Dios da á las criaturas el libre albedrío para que elijan entre el bien y el mal. Es cierto que cada uno de los mortales tiene sobre su espalda una carga más ó menos pesada que llevar. Pero Jesús ha dicho: *El que me ame,*

tome su cruz y sígame. Se debe aceptar la cruz con resignación y marchar valerosa y alegremente por el camino del deber.

Este noble y sincero lenguaje calmó gradualmente la aflicción de Luz, quien, al llegar á casa de los padres de Federico, ya no lloraba.

En lo alto de la escalera la esperaban dos ancianos y una joven muy bella: eran los padres y la hermana de Federico.

—Bien venida seas á la casa de tus nuevos padres, hija mía—dijo Benavides tomándola de la mano con aire paternal.

—Ya estás de nuevo en tu casa—añadió la buena de Elena, que se había convertido en una bella y majestuosa matrona como las que nos pintan los cuadros flamencos.—No llores ya, hija mía, porque aquí somos cuatro para amarte.

Á los ojos de Luz acudieron nuevas lágrimas: aquella hechicera carita tan pura y tan linda, macerada por el dolor, movía á una tierna compasión. Elena, cuya maternal y santa bondad se había aumentado con los años, se volvió hacia su hija, que miraba á Luz enternecida, y le dijo, presentándole á la joven:

—Cesarina, he aquí á tu hermana: llévala á tu cuarto, y consuélala. Desde hoy tendréis una mis-

ma habitación y os dedicaréis juntas al ajuar de la boda, porque tu padre y yo deseamos que os caséis el mismo día.

Cesarina, que era una hermosa y alegre joven de veintitrés años, presentó á Luz su brazo y se la llevó á su cuarto, hablándole con ternura.

—No llores—le dijo:—¿por qué afligirte? Nuestras madres eran amigas en su niñez, y siguen queriéndose. Cada una ha seguido después un camino diferente, es cierto; pero ya se encontrarán al fin de él, y todo se arreglará. Dios sabe lo que á cada uno conviene, y nos abre muchos senderos en esta vida: cada uno sigue el suyo; pero todos se reunen en el gran camino de la vejez. Dentro de un mes, Luz mía, nos casaremos y tendremos sobre nosotras cuidados graves, que si hacen cavilar, en cambio dan la felicidad. La misión de la mujer es buscar la alegría, la paz y la dicha en el seno del dolor. Todo se puede sobrellevar con una conciencia tranquila. No has dejado la casa de tu madre llevada de un capricho culpable, ó de un loco antojo: lo has creído un deber de conciencia, y mis padres y el hombre que has elegido para esposo te han dicho: «Haces bien; ven, que te esperamos». Tranquilízate, pues, que ya llegarán muy pronto mejores días.

Hablando así, condujo Cesarina á su amiga á su cuartito de soltera, en el que había dispuestos dos pequeños lechos, sencillos, pero blancos como la nieve. Advertíase allí en los menores detalles el esmero maternal: un Crucifijo de yeso enclavado en una cruz de madera negra, pero de bello y correcto dibujo, presidía la pequeña estancia; á sus pies, una Virgen de talla, bajo la dulce advocación de la Esperanza, iluminaba aquel casto nido con su radiosa sonrisa; en la misma mesita pulimentada que contenía á la Virgen, dos jarros de loza azul sostenían dos lindos ramos de flores del campo, cortadas sin duda por Cesarina y Federico en el paseo de la tarde anterior, y destinados á alegrar los ojos de Luz; una cómoda contenía la ropa blanca de las dos jóvenes, una pequeña porción del uso de Cesarina y otra cosida por ella para su joven amiga y futura hermana, pues se había aconsejado á Luz que saliese con sólo lo puesto, no queriendo nada de la infame procedencia que tenía la fortuna y todos los medios de subsistencia de Dolores.

Luz se consoló pronto en aquel blanco y alegre cuartito; tenía poco más de quince años, y á esta edad, el dolor no fija por mucho tiempo en el corazón su garra destructora.

Media hora después de haber entrado allí, Luz sonreía; Cesarina era la más feliz de las criaturas al lado de la hermana que tanto había lamentado no tener, y las dos formaban mil risueños proyectos de esposas y amas de casa para lo porvenir, que se les presentaba radioso y lleno de encantos.

CAPÍTULO XII

AMOR

En una pequeña explanada situada al lado de la histórica pradera del Canal se elevaba, en la época en que tiene lugar esta historia, una casita blanca y verde, que se ha derribado después para aprovechar el terreno en otras especulaciones.

Aquella casa, que había sido habitada por un buen sacerdote que vivía con su madre, pasó á ser propiedad de Dolores, que la adquirió para ir á ella á descansar de cuando en cuando de las orgías y de los festines que incesantemente la fatigaban.

En su vida de desorden había deseado algunas veces la soledad; pero la paz y el silencio sólo convienen á las conciencias tranquilas, y la de Dolores no gustaba de ninguna tranquilidad.

El tedio la siguió allí, como sigue siempre á las naturalezas viciadas en esa atmósfera falsa y emponzoñada en que vivía Dolores. Ésta sabía música, pintaba y conocía perfectamente dos idiomas